

## CULTURA Y PODER POLITICO (Algunas reflexiones)

En su intento por organizar la convivencia con su entorno y sus semejantes, el ser humano se ve obligado a formular hipótesis de estructuras sociales y a construir interrelaciones, que siempre llevan el sello particular de diferentes puntos de vista, filosóficos y/o ideológicos. Para poderlas realizar, en la práctica, necesita el concurso y la adhesión de la mayor parte de su comunidad y trata de lograrlo a través de acciones complejas que proponen objetivos válidos para las mayorías.

En ese proceso conforma un lenguaje de signos que son asumidos o rechazados por la comunidad. La relación dialéctica entre esos signos y la comunidad es lo que define, de cierta manera, la dimensión política de la cultura.

En efecto, la cultura, en cuanto proceso, atraviesa el tiempo y se ve involucrada en las distintas coyunturas históricas, en su doble significación de **reflejo y de proposición de valores.**

Por eso es necesaria una constante reflexión acerca de la cultura en la cual estamos inmersos, en nuestra doble calidad de actores y de espectadores o, más claramente, **de pro-sumidores**, es decir, **de productores y a la vez consumidores de cultura.**

Sin profundizar aquí en el hecho de que todos partimos siendo un producto de la cultura que nos rodea, es bueno recalcar que -desde la niñez- nuestro proceso de socialización a través de la educación, tanto familiar como social, y dentro de las estructuras en las que nos toca en suerte vivir, produce en nosotros un fenómeno que llamaría de “domesticación”.

A través de signos y estímulos organizados, que se nos entregan en forma reiterada, se pretende uniformar la diversidad y promediar el nivel de los sueños y las aspiraciones.

Se nos presenta como deseable una cultura elaborada en otras instancias por seres excepcionales (sabios, héroes, próceres, etc.). Como ideal de vida se pregona y publicita la posibilidad de seguir el camino ya trazado (y por ende seguro), teniendo como meta “personal” parecemos lo más posible a esos prefabricados semidioses modernos, despojados de todos sus atributos humanos de ambigüedad y debilidad, para ser presentados como ideales abstractos de superhombres inexistentes.

De hecho, se abre cada vez más la brecha entre aquellos que “hacen la cultura y los que, simplemente, sufren la consecuencia de su acción. La “masa”, en esos casos, ya no es considerada capaz de aportar cultura, a no ser una de inferior nivel de calidad, que corre paralela a aquella superior, y que es manipulada por el sistema con el exótico rótulo de “cultura popular” o “autóctona”.

El pueblo, castrado en su imaginación, es llevado a recobrar su poder de asombro con la implantación de estilos de vida generalmente traídos desde la metrópoli y trasplantados sin ninguna adecuación. Estos van alejando cada vez más al hombre de su capacidad reflexiva y lo convierten en esclavo sumiso del consumo y del sistema.

Todo eso sería imposible sin el poder político y los medios para ejercerlo.

En este punto, es bueno que nos formulemos algunas preguntas:

- ¿El poder político es un concepto “neutro”? Vale decir: ¿Es posible que el poder político se ejerza de tal manera que garantice la diversidad y al mismo tiempo pueda ser una instancia de conducción eficaz?

- ¿Lleva en sí, por el contrario, el germen de la imposición, negando la “transgresión” y la “alteración”?

- ¿Es posible definir las fronteras del poder?

Muchos estamos convencidos que, hasta hoy, el sistema democrático es el que más se acerca a una solución, en cuanto a armonizar la eficacia del poder con el ejercicio del mismo controlado por la comunidad.

Sin embargo, se supone que incluso el sistema democrático más transparente y eficaz no da cabida al pensamiento y la acción transgresivos o alterativos, más allá de un pasivo y formal respeto frente al derecho a expresarlos. Ello resulta casi lógico, ya que el equilibrio necesario en este tipo de estructura social se logra en general, por no decir siempre, mediante negociaciones sucesivas y pendulares entre el poder ejecutivo, el legislativo y la ciudadanía.

Ese equilibrio, los instrumentos para lograrlo y su utilización a fin de mantenerlo, constituye, en el fondo, una determinada propuesta cultural que podríamos definir como “participativa” en su deber ser y “de adecuación” en la práctica.

La cultura resultante es habitualmente una síntesis entre:

- Las capacidades expresivas del pueblo
- Las instancias implementadas para ejercerlas.
- Los medios políticos y económicos disponibles para que esas instancias funcionen eficazmente.

La eficacia, a la cual aludimos, se refiere no tanto a la entrega de datos y su acumulación por parte de los sujetos culturales, sino que a su capacidad para procesar e interpretar esos datos. Es decir, que la estructura de poder tiene en sus manos la posibilidad de configurar, mantener o destruir la conciencia crítica de toda la sociedad, pese a los mecanismos formales de moderación o defensa que tendrían a su alcance sus

miembros, dentro de las normas de convivencia fijadas de antemano. Y así sucederá, a menos que se logre rescatar la potencialidad alterativa y transgresiva de la acción cultural.

## II.- LOS MECANISMOS “ALTERATIVOS” Y “TRANSGRESIVOS” DE LA CULTURA

Hemos visto cómo, por medio de la conquista y el ejercicio del poder político, los seres humanos tratan de realizar sus proyectos de convivencia, implementando las estructuras sociales más convenientes para sus objetivos, definiendo inevitablemente con ello planos participativos reales de distintos niveles, sobre todo de distintas influencias.

La organización social conlleva la necesidad de “ordenar” estrategias y tácticas que se desarrollen dentro de ciertos límites temporales para poder consolidar resultados positivos. Ahora bien, a mi entender, en la práctica, a la hora de plantear y realizar esos proyectos, el lugar que se le asigna a la variable “cultura” es generalmente un lugar muy poco definido y muy precario -y eso no deja de ser peligroso.

Trataré de fundamentar esta aseveración.

Cualquier proyecto político de cambio se inserta en una realidad ya en marcha que es, a su vez, una resultante de un proyecto anterior. En esa realidad, la organización social y las conductas individuales y colectivas tienen determinadas características. Esto significa que la inserción de un proyecto cultural, sea o no alterativo, en una comunidad determinada, debe sortear numerosos obstáculos y conjugar distintos factores que están en juego para poder dar resultados eficaces y positivos.

La historia ha demostrado que el éxito de esa inserción depende de la rigurosidad con que se calculen las distintas energías que intervienen en el hecho y en su correcta aplicación práctica y que, además, hasta un pequeño error de apreciación y de ejecución puede hacer fracasar cualquier intento en forma irreparable.

Sin embargo, también es cierto que las proposiciones valóricas no necesitan estar acabadas en todos sus detalles para ser presentadas a la comunidad y/o para motivarla a una acción de cambio. No debemos engañarnos y no tomar en cuenta fuerzas poderosas que se suelen surgir desde la sociedad, sólo basándonos en sus inacabadas propuestas políticas; la legitimidad no es precisamente un problema de racionalidad.

Existe un factor que no podemos desconocer: el de la “identificación emocional” de las grandes mayorías desposeídas con las propuestas ideológicas o de acción concreta que les son formuladas por individuos o instituciones, sean o no de la misma extracción social, y que les instan a romper la rutina desesperante de su situación y a reubicarse en la sociedad a niveles más altos de identidad y de dignidad personal y grupal. En efecto, muy a menudo aparecen en la historia líderes carismáticos como, por ejemplo Francisco de Asís, Rousseau, Gandhi que, aún sin tener como objetivo primordial la subversión de la estructura social, proponen a la humanidad verdaderas revoluciones valóricas. Con su acción, ellos logran tal adhesión a sus planteamientos éticos y filosóficos que producen una ruptura tajante con la cultura en la cual se sitúan.

También es el caso de instituciones o gremios que, con el poder acumulado por sus miembros, son capaces de movilizar una sociedad entera con sus proposiciones de estilos de vida, como lo hicieron en sus épocas los mercaderes florentinos o la Iglesia Católica en el Renacimiento y en el Barroco. En ambos casos, si bien los objetivos son distintos, el resultado es generalmente el mismo: no una evolución paulatina de los sistemas y una adecuación gradual a los nuevos valores, sino que una subversión o ruptura de facto de la direccionalidad del proyecto anterior.

Al insertarse en la sociedad, esas utopías provocan grandes tensiones sociales que las estructuras políticas deben asumir y resolver si quieren mantener su legitimidad. Esa "legitimidad" se refiere a su capacidad de expresar e interpretar las voluntades y aspiraciones de las mayorías, además de asumir y satisfacer sus necesidades. Estas necesidades, aspiraciones y voluntades están constantemente sometidas a la presión del mecanismo alterativo, que se encuentra en la base misma de cualquier expresión concreta de la cultura. Estamos demasiado acostumbrados a separar la cultura de los demás fenómenos sociales y a considerarla un fenómeno per se; más bien como un simple resultado que como una fuerza generadora, viva y actuante.

### III. EL PATRIMONIO CULTURAL Y EL ARTE

Se nos ha condicionado a considerar como "patrimonio cultural" a unos cuantos rastros de obras, despojadas de su entorno bullentes de vida, sin relación aparente con los hombres que la crearon, en un "aquí y ahora" determinado que influyó en forma decisiva en su realización. Durante mucho tiempo se ha homologado el término cultura con el de expresión artística; de hecho, la historia de la cultura se nos ha presentado, la mayoría de las veces, como un gran "depósito" de obras de arte que, a la distancia, sirven más para encasillar, más o menos coherentemente, determinados lapsos de la historia humana, que para facilitar que nuestra percepción se remonte a niveles más altos conocimiento de la realidad.

Evidentemente no es mi intención negar aquí el arte como un dato importantísimo para entender cabalmente una cultura determinada, pero estoy en contra de la manipulación que algunos historiadores oficiales hacen de este misterioso obrar del ser humano, para tejer un devenir de la humanidad paralelo a lo "real".

El verdadero arte ha sido siempre alterativo en el más estricto sentido de la palabra; ha tratado de trascender su propio presente para prefigurar y concretizar el porvenir. Se ha alzado por encima de una rutina social inconsciente del inexorable proceso de involución de todas las rutinas. Lo que hoy creemos y definimos como expresivo de una época es el producto de mentes y espíritus desobedientes que se atrevieron a transitar por caminos desconocidos para sus contemporáneos, alterando los niveles de su percepción de la realidad.

Al despojar el arte de su esencia alterativa matamos en nosotros la capacidad de entender la fuerza y la profundidad del espíritu que la creó. Es por eso que el patrimonio cultural termina vegetando en museos y bibliotecas, en unas “reservaciones culturales” en vez de transformarse en energía vital para la vida cotidiana en toda una sociedad.

La definición de “patrimonio” se ubica generalmente en su significación equivocada de “depósito” o “archivo”. La mayoría de las veces lo referimos al valor de un pasado fijado, inmovilizado en el tiempo y en el espacio, cuantificable y medible, digno de preservarse solamente en cuanto a sus posibilidades de términos de referencia. En definitiva, paralizamos para siempre su posibilidad de comunicar vida.

Surge aquí el recuerdo de la clarificadora parábola de los talentos. Aquellos que “cuidaron” el patrimonio entregado y al recibirlo lo escondieron a los ojos de todos para protegerlo mejor, vencidos y convencidos por el miedo a perderlo, en definitiva perdieron su propia vida. El que se arriesgó y se atrevió a usar lo recibido, dispuesto a asumir el peligro de equivocarse y perderlo todo, recibió la alabanza del Señor y logró incrementar su riqueza. El “patrimonio cultural”, al igual que el otro, existe en cuanto es usable, articulable, modificable o rechazable. Su simple “preservación” no es en sí garantía de que un sistema social determinado sea idóneo para el desarrollo cultural del pueblo.

La cultura es el resultado inasible y misterioso de innumerables fuerzas que se conjugan, chocando, entrelazándose, negándose, asumiéndose y desgarrándose en un acontecer continuo en el cual se relacionan seres humanos, entorno y obras para dar forma real a la vida. Es en ese proceso donde se expresa, en toda su dimensión, la relación entre la acción cultural y el poder político.

Al tener una determinada direccionalidad, la acción política articula estrategias y tácticas definidas que forzosamente seleccionan e “imponen” ciertos valores supuestamente compartidos, negándose otros que aparecen como perjudiciales a la realización del proyecto propuesto. Es decir que, aunque los que lo ejercen puedan presumir de “objetivos”, el poder político no es neutro ni en su esencia, ni como instrumento de realización de obras humanas, ni en su praxis. Por eso entra en contradicción inevitables con los planteamientos esenciales de quienes laboran en el campo cultural, sean o no partidarios del proyecto político propuesto.

Esta contradicción es beneficiosa y positiva, siempre que el poder sea capaz de canalizarla buscando cauces idóneos para una relación armónica, sin imposiciones de puntos de vista o de prácticas culturales “desde afuera”. Para lograrlo, es necesario que quienes ejercen la política partan de una visión más realista de los límites de su poder.

Ya hemos acotado que el quehacer político necesita lograr un alto grado de eficacia práctica en la solución de problemas de subsistencia y de convivencia, ya que **el éxito o fracaso de su acción se juega en el corto lapso temporal de su ejercicio.** Su eficacia está ligada forzosamente a las condiciones objetivas coyunturales, tanto sociales como económicas. Queda por lo tanto sujeto a un nivel “práctico” de negociación, que no sólo tiñe sus tácticas y estrategias, sino que incluso modifica de cierta manera el carácter de sus objetivos.

Este mecanismo de adecuación puede resultar muy riesgoso, si no existe al mismo tiempo una acción sostenida para relacionarse con el proceso cultural alterativo.

Se hace necesario entonces crear instancias en las cuales, de manera orgánica y continua, la comunidad pueda resolver dialéctica y armónicamente los conflictos entre el poder y la cultura, antes que se conviertan en antagonismos irreconciliables.

La cultura no surge por generación espontánea en cuanto a la calidad de sus resultados. Los seres humanos somos capaces de crear condiciones favorables o desfavorables a su irrupción y crecimiento dentro de la sociedad. Todos los días pueden ser el momento para iniciar una acción renovadora que rompa los límites impuestos por el sistema anterior de articulación social.

Para lograrlo, se debería comenzar por modificar los parámetros de evaluación, ya que los existentes siempre están manipulados por agentes sociales del proyecto en marcha. Sin embargo, es difícil definir con exactitud cuáles son esos límites y cuál sería la forma más idónea para lograr su ruptura.

Por el momento visualizo a una reflexión lúcida y organizada comunitariamente en todos los grupos y estamentos sociales, como la mejor manera de emprender esa acción liberadora. Esa reflexión entregaría sentido a las herramientas útiles para el cambio, que ya se están usando en forma intuitiva en los más distintos sectores de la sociedad.

#### IV. CONCLUSIONES

Al finalizar esta reflexión quisiera repensar a cualquier país de nuestro planeta como apenas un lugar físico, un espacio puntual y particular en el cual se manifiestan contemporánea y “desordenadamente las distintas olas culturales que se suceden, entremezclan y chocan en todo el mundo y que fluyen libremente por encima y por debajo de nuestras culturas cerradas, ocupadas en la defensa de séudo-valores particulares que el tiempo y la humanidad van sobrepasando.

De alguna manera, siento obsoletas las otrora sagradas definiciones de “civilización occidental y cristiana”, “identidad cultural”, “idiosincrasia” o “carácter de la nacionalidad”. Frente a ellas se alza, cada vez más cerca y más potente, la marea de una cultura nueva, planetaria, que rebasa los falsos límites geopolíticos de naciones antiguas, nuevas y supernuevas y propone al habitante de la Tierra el desafío de crear una relación insospechada del hombre con el mundo y el universo.

Con velocidad uniformemente acelerada aumentamos nuestro conocimiento, nuestro poder de reflexión y de acción, nos asomamos a un mundo en el cual se definirá “más vida” o “menos vida”, más allá de divisiones étnicas, sociales, económicas o séudo culturales.

. Vivimos como nunca una época de desafío a la imaginación y a la creatividad. Al repensar la cultura deberemos forzosamente dejar de lado los seguros límites de las cosas conocidas y abrimos paso hacia la gran incógnita de lo desconocido y asumir los riesgos de los que está plagado ese camino hacia la más vida. Se acabaron las islas. Sólo vive el gran continente planeta, contradictorio y hermoso y a la vez, que exige nuestro esfuerzo para intentar el salto cualitativo de habitarlo sin destruirlo ni destruirnos.

Para finalizar les dejo dos breves párrafos sacados de algunas de mi lecturas. Si encuentro que alguien es capaz de expresar mejor lo que uno a veces piensa, me parece absurdo no pedir prestada su palabra:

... **“La responsabilidad del cambio nos incumbe a nosotros. Debemos empezar por nosotros mismos, aprendiendo a no cerrar prematuramente nuestras mentes a lo nuevo, a lo sorprendente, a lo aparentemente radical. Esto significa luchar contra los asesinos de ideas, que se apresuran a matar cualquier nueva sugerencia sobre la base de su inviabilidad, al tiempo que defienden como viable todo lo que ahora existe, por absurdo, opresivo o estéril que pueda ser..... Si empezamos ahora, nosotros y nuestros hijos podremos tomar parte en la excitante reconstrucción, no sólo de nuestras anticuadas estructuras, sino que de la civilización misma...”**  
**(Alvin Töffler)**

“... **“Donde hay un árbol que plantar,..... Plántalo tú.  
... Donde hay un error que enmendar,.....Enmiéndalo tú.  
... Donde hay un esfuerzo que todos esquivan,... Hazlo tú.  
Sé tú él que aparta las piedras del camino...”**  
**(Gabriela Mistral)**

**Claudio di Girolamo**

(Documento basado en extractos de textos personales re-editados que van desde 1985 a 2021)